

otros favorecidos voten luego en su favor en otra cuestión que le afecte. Esta maraña de intereses cruzados indirectos puede llegar a ser terrible y consigue deshacer totalmente la conciencia fundacional.

Probablemente no paso de los tópicos, de realidades conocidas, pero creo que es necesario recordarlo ahora, en el momento en que una serie de discursos, de esbozos de temas y quizá de votos sobre cuestiones importantes se va a desarrollar. Parece ser que el primer gran orador ha de ser Nixon, a quien se atribuye la intención de hacer un discurso pacifista. Tiene una gran fuerza verbal para hacerlo. Nixon centró toda su campaña electoral en los temas de política extranjera, en el anuncio de que comenzaba la «era de la negociación», advirtió su propósito de reforzar el poder de la ONU y sus planes para terminar rápidamente con la guerra del Vietnam. Ninguno de estos propósitos ha tenido éxito en los diez primeros meses de su gobierno. Los aviones de bombardeo «B-52» han vuelto a actuar en el Vietnam, incluso doce horas después de la iniciación de la tregua por la muerte de Ho Chi Minh. El fuego en los frentes de Oriente Medio se ha hecho diario. Y si Nixon, como se supone, va a vender a la ONU la decisión de retirar soldados no ya del Vietnam, sino de las bases establecidas por el mundo, será difícil olvidar que esta retrada, si se llega a producir —y no está claro aún que el Pentágono comparta este deseo de Nixon y sus asesores—, es un movimiento económico y estratégico que debería permitir el ahorro de diez mil millones de dólares y que esta cantidad debe estar destinada a sufragar parte de los enormes gastos propuestos por el propio Presidente para la construcción de la red de cohetes «ABM» y para la construcción de proyectiles de cabeza múltiple, temas que comúnmente se consideran como peñaños importantes en la escalada frente a los dos enemigos designados, frente a la URSS y frente a China. En cuanto a los propósitos negociadores de Nixon con estos dos países, repetidamente anunciados durante su campaña electoral y aún posteriormente, no se han cumplido. No ha habido viaje a Moscú —hubo el espectacular viaje a Rumania, que muy bien puede tener un sentido contrario— y las conversaciones con China no se han profundizado, sino más bien al contrario. No parece que sea tampoco este año el designado para que China entre en la ONU y ese es uno de los más graves fallos de la Asamblea General. Sea cual sea la calificación negativa que pueda merecer China desde los distintos sectores hostiles, desde la que se contempla su desarrollo, negar la existencia real del gobierno que acumula algo más de una quinta parte de la población mundial es algo que carece de todo sentido realista.

¿Cabría una reforma de la ONU, una modificación de los estatutos de la Asamblea General y de los organismos derivados de ella? Es una cuestión que se plantea con bastante frecuencia. Se ha hablado de la posibilidad de que los votos sean cuantitativos —es decir, que cada país disponga de un número de votos proporcional al de sus habitantes—, lo cual no haría más que acentuar la capacidad de presión de los «grandes» y alejar —por miedo a su masa— la participación de China. Se ha propuesto un secretariado formado en partes iguales por miembros de los tres bloques —este, oeste, neutralistas—, lo cual ocasionaría dificultades por el carácter transitivo de muchas naciones. Se ha intentado la anulación del derecho de veto de los «grandes» en el Consejo de Seguridad, a lo cual, naturalmente, se oponen estos privilegiados —a pesar de que Francia, Gran Bretaña y la China Insular carecen hoy de cualquier grandeza real—; se ha propuesto sacar a la ONU de su residencia en los Estados Unidos, la cual la hace vulnerable a la presión de un país con vocación hegemónica, pero los presupuestos para esta operación —y la dificultad de encontrar un lugar adecuado— la hacen imposible. Cualquiera de estas reformas, o de las otras muchas que se han propuesto, sería inoperante. El problema esencial está en que la Organización de las Naciones Unidas se fundó para conseguir unos objetivos que más arriba quedan enumerados, pero la realidad es que sólo pueda funcionar eficazmente después de que estos objetivos hayan sido alcanzados, y no tiene fuerza para conseguirlos. Es un círculo vicioso al que no se le ve salida.

Francia

EL PRIMER OTOÑO DE POMPIDOU



Pompidou entre Willy Brandt, Kurt Kiesinger y Gustav Heinemann, durante la entrevista celebrada en Bonn.

Elegido Presidente en vísperas del verano, Georges Pompidou ha gozado de una tregua estival que le ha permitido dar una sensación de gobierno fácil y desmentir la frase tan amada del General de Gaulle, «yo o el caos» —desmentida ya por acontecimientos pasados, porque De Gaulle tuvo que presidir dos importantes situaciones de caos: las erupciones de la OAS y la revolución de mayo de 1968—; ahora se le están acumulando las dificultades típicas de «la rentrée», del regreso en masa a las fábricas, cerradas durante el mes de agosto; a los hogares abandonados por las vacaciones, en los que las amas de casa se encuentran con una cocina más difícil de abastecer por el alza de los precios; a los cursos escolares donde la «contestation» se perpetúa, y, en fin, a la Asamblea Nacional, donde si bien el partido gubernamental tiene una mayoría cómoda, las voces de la oposición son fuertes y numerosas. La serie de huelgas, iniciada con la de ferrocarriles —que paraliza prácticamente todo el tráfico en el país—, se va extendiendo a otros sectores. Se piden alzas de salarios para hacer frente a la carestía. Concedidas, destrozarían rápidamente los supuestos beneficios de la devaluación del franco. Negadas, inflamarían más a la enorme masa de los descontentos. Las huelgas adquieren carácter político. Georges Seguy, secretario general de la CGT, que tiene

que hacer un esfuerzo para recuperar el terreno perdido por la ambigüedad de su actuación en mayo de 1968, no ha tenido inconveniente en amenazar directamente al Presidente Pompidou, profetizando que no podrá cumplir en el poder los siete años previstos por la Constitución. El peligro mayor que amenaza en estos momentos al régimen es el de una reacción en cadena que tuviese un camino inverso a la de mayo: si entonces desencadenaron la protesta los estudiantes y la continuaron a última hora, y con el descontento de los sindicatos, los obreros, esta vez los estudiantes podrían sumarse a la acción proletaria y crear una situación notablemente incómoda para el gobierno. Es un fenómeno notablemente interesante las protestas de las clases medias, hasta ahora neutrales, que protestan exactamente por lo contrario que los obreros, es decir, por lo que consideran excesivo control de los precios ejercido por el gobierno. Este movimiento se centra en torno a Alain Poher, el que fue candidato centralista a la presidencia, derrotado por Pompidou. El desafío al poder procede de varios sectores. La situación es muy delicada y no es de las que se resuelven con palabras y programas, sino con medidas económicas inmediatas y eficaces, o bien con un recurso a la fuerza, que produciría un enfrentamiento de consecuencias probablemente muy grave.

U. R. S. S.-China

LAS CUATRO HORAS DE PEKIN

Cuando Kosiguin fue a Hanoi para asistir al entierro de Ho Chi Minh, evitó la escala en China. Al regresar, se detuvo en el aeropuerto de Pekín donde le esperaba Chu En-Lai, y mantuvo con él una conversación de cuatro horas. En las medidas diplomáticas del tiempo, cuatro horas es una duración excepcional para una entrevista de alto nivel. Todas las especulaciones

que se hagan en torno a esta entrevista son inútiles. Se sabe que el contencioso entre los dos países es grande y antiguo, abarca desde problemas ideológicos sobre interpretación del marxismo a problemas fronterizos armados de alguna gravedad; la hostilidad ha pasado a movimientos de masas y no se excluye la posibilidad de un conflicto militar. Los dos pri-

meros ministros tenían ante sí un temario bastante amplio. Una primera consecuencia visible de esta entrevista ha sido la suspensión de hostilidades psicológicas —campaña de prensa y radio— de la URSS contra China. No parece que la tregua haya sido observada con la misma rigidez por China. La sensación general es la de que la entrevista ha sido pedida y hasta forzada por la URSS, y simplemente aceptada por China, lo cual parece corresponder a las actuales formas de acción política de los dos países: mientras la URSS trata de reducir las tensiones generales y llevarlas al campo de negociación, en virtud de sus doctrinas de «coexistencia pacífica», China las eleva —dentro de unas medidas— a situaciones-límite para sostener su posición revolucionaria. En la conferencia de prensa celebrada por U Thant con motivo de la apertura de la Asamblea General de la ONU, ha elogiado «la decisión soviética» de conversar con su vecino asiático. Para U Thant, la línea

clave de la situación mundial pasa por Pekín y depende de las relaciones de China con la URSS y con los Estados Unidos. El secretario general de la ONU cree que los Estados Unidos deberían también tomar iniciativas como la de la URSS, para aproximarse a China y establecer con ella «relaciones normales y cordiales», que pudieran llegar a una admisión general de China en los organismos internacionales, principalmente en los que se dedican al desarme, cuya eficacia, indudablemente, estará menoscabada mientras no intervenga en sus posibles acuerdos uno de los cinco países atómicos del mundo. Una de las especulaciones más insistentes sobre las cuatro horas de Pekín dice que la URSS ha ofrecido a China su apoyo para el desbloqueo internacional a cambio de una congelación de los litigios actuales entre los dos países, que se irían examinando posteriormente en una serie de conferencias bilaterales.

EL HOMBRE ANTE LA «SOCIEDAD DE CONSUMO»

Un dilema: adaptarse o desaparecer

¿Qué es la «sociedad de consumo»? Como tantos otros términos de nuestro tiempo, todo el mundo lo utiliza y cada uno le da una acepción diferente. En general, todas peyorativas. Este es uno de los males actuales: los conceptos pasan directamente de la ciencia al tópico sin tiempo para ser decantados, analizados, provistos de un sentido general. Se hacen intuitivos. La revista «La Nef», de París, ha dedicado su número de agosto al tema de la sociedad de consumo, enormemente interesante por la calidad de las firmas y de los trabajos publicados; pero víctima también de la misma Babel semántica, de la misma falta de acuerdo previo entre los tratadistas para la definición del tema. Se puede, sin embargo, hacer una síntesis, buscar un denominador común que sea relativamente útil. Una «sociedad de consumo» es aquella en la que el individuo «adquiere» con abundancia elementos —no sólo objetos, sino también placeres— destinados en principio a su satisfacción, pero no consigue en ningún modo tal satisfacción, sino una ansiedad creciente. De forma que un ideal de mejora se convierte en peyorativo. ¿Por qué? Porque consume con «pasividad y desatención», con «automatismo», y el consumo se hace «cuantitativo» y no cualitativo. La aceleración de las «modas», propia de la sociedad de consumo, hace que el hombre vea convertido en ceniza en sus propias manos aquello que acaba de adquirir, porque una forma superior, o simplemente diferente, se impone ya. Un objeto nuevo es instantáneamente viejo; si quiere desprenderse de él lo encuentra automáticamente devaluado con respecto al esfuerzo que hizo por adquirirlo, y este hombre carece de la autonomía psicológica suficiente para conformarse con la utilidad o el pla-

cer que dicho objeto —o dicha adquisición de cualquier índole— puede producirle por sí mismo, sino que lo considera como un símbolo sobrepasado. Para sustituirlo, debe aumentar su capacidad de consumo; por lo tanto, debe aumentar su trabajo; pero, por mucho que lo haga, siempre se quedará por detrás en la carrera del consumo. Algunos de los articulistas hacen especial hincapié en el aumento del esfuerzo de trabajo, fijándose en las condiciones del trabajo en sí al que el automatismo confiere una maldición: el hombre ignora el sentido de su trabajo y los últimos secretos de la producción a la que contribuye. De esta forma, su trabajo es pasivo, y esta pasividad en el trabajo coincide con la pasividad en el consumo —puesto que le viene impuesto desde el exterior y no responde a su necesidad subjetiva ni la produce la satisfacción deseada—, y el conjunto de estas dos pasividades, la del trabajo y la del consumo, le sitúan en una posición marginal a la sociedad: no participa en ella. O, si participa, lo hace de una manera no voluntaria, no reflexiva, sino con actos y movimientos impuestos desde unos centros ajenos a él, que desconoce y cuya última dirección ignora. La posición de los diversos autores con respecto a esta situación es variada. Se centra en dos puntos principales. En uno concuerdan aquellos que pretenden el regreso a los «valores humanos», al desdén por la aceleración técnica e industrial. En el punto contrario se considera la posición anterior como regresiva y reaccionaria y se entiende que el progreso continuo de la ciencia y de la técnica son hechos irreversibles e irrenunciables; la solución que se propugna en este punto es la de que la cultura se adapte a la ciencia, señalando que

el problema principal consiste en que el hombre actual vive en un contexto ideológico —como concepto del mundo— puramente tradicional, en el que se toman como valores absolutos ideales elaborados hace siglos en Grecia, en Roma o en Oriente, en épocas en que no se podía soñar en los efectos de la edad industrial, y ese contexto ideológico es el que habría que reformar para que coincidiese con los avan-

ces de la ciencia y de la técnica y le permitiesen participar mentalmente en ellos. Uno de los autores llega a suponer que la acumulación y la aceleración de la ciencia y de la técnica se producen prácticamente de una manera autónoma, como hechos de la naturaleza, y que el hombre moderno no tiene más recurso que el de adaptarse a esta modificación continua de su medio vital o resignarse a desaparecer.

La crisis del sistema monetario internacional

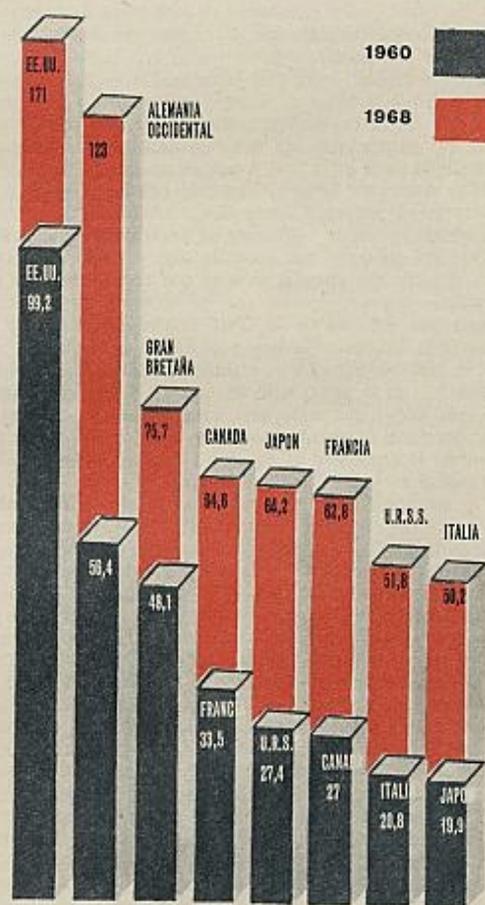
¿EL MARCO SERÁ REVALUADO DESPUÉS DE LAS ELECCIONES?

¿Cuál será la evolución en los próximos meses de la crisis monetaria internacional? El «impasse» que define la situación actual, ¿desembocará pronto en una manifestación más de esa crisis permanente que, y de forma especial, a partir de los años 60, afecta al sistema monetario internacional? ¿Cuáles van a ser las economías más directamente afectadas?

Quizá para algunos la reciente devaluación del franco francés haya supuesto un reajuste que permita al sistema prolongar su vigencia durante unos años. No existe, sin embargo,

ningún indicio real que pueda sustentar esta suposición. Antes bien, «los elementos inmediatos de la crisis están sustancialmente intactos y aún acentuados por el elemento de inestabilidad aportado por un complejo esquema de intervenciones de cambio, más o menos directas, en un conjunto de países básicos y por la proximidad de acontecimientos políticos con posible repercusión en el campo monetario» (L. A. Rojo, E. E. 14-21-XII-68). De hecho, la crisis continúa abierta, esperando sólo el momento más propicio para volver a manifestarse en

LA EVOLUCION DE LAS EXPORTACIONES (1960-1968)
(en miles de millones de francos)



Fuente: "L'Expansion", n.º 20.